

## II. CUERPOS, ESPACIOS Y COSAS

Lo primero de todo es el cuerpo, el calvario, la crucifixión, el principio como fin de la partida. Y, antes, una existencia fetal y rotativa en el silencio del útero, del odre materno.

Dublín, Viernes Santo, 13 de abril de 1906. Las fechas también forman parte de las creencias y a Beckett, como al Descartes temeroso de revelar su carta natal, le agradaba jugar con los equívocos. En su partida de nacimiento, enunciado muy beckettiano, se dice que vino al mundo un mes después. Imprecisiones primaverales que el autor nunca aclaró a fin de aumentar lo que él llamó «la leyenda pública de mi vida».

¿Cuándo nacemos?

Cuando abandonamos la oscuridad y somos arrojados desde un universo onírico, previo a la conciencia del mundo y de uno mismo, hacia la luz, hacia el deslumbramiento; cuando comienza nuestra penitencia por haber cometido el pecado nada original de dejar de ser la nada. Pozzo, uno de los personajes de *Esperando a Godot*, lo resume en las últimas palabras que pronuncia: «Ellas paren a horcajadas sobre una tumba, la luz brilla un instante; luego, otra vez la noche». Ellas precisamente, las mujeres, que son quienes más presencia tienen en su teatro.

Hay en nuestro autor, como vemos, una necesidad de dar marcha atrás en la vida, de regresar al óvulo, el deseo de ser autoborrado, una añoranza fetal y fatal de

la *uterotumba*. Al niño Beckett, en su Irlanda natal, siempre le impresionaron las placentas de las ovejas recién paridas. Molloy, en la obra del mismo título, elogiará a su madre «por haber hecho todo lo posible para no concebirme». Dar a luz es, así, dar a la oscuridad, entrar en la noche del mundo. «¡Miserable!, ¿por qué me has hecho?», le grita Hamm, uno de los protagonistas de *Fin de partida* (1956), a su padre, toda una protesta de resonancias bíblicas contra el progenitor y, en consecuencia, contra el Padre primordial. Y, al cabo del tiempo, ese ser alumbrado y deslumbrado que llega al mundo, crecerá y se convertirá, como escribe en su novela *El Innombrable*, en solo una voz sin cuerpo, una «bola parlante, un puré de hombre».

En este afán de no procrear y no permitir que la vida se renueve, son abundantes los personajes de sus obras que rechazan el acto sexual y prefieren las manualidades onanistas. Molloy, Moran, Edmond en *Malone muere* (1951), el protagonista de *El Innombrable* o Vladimir, en *Esperando a Godot*, anteponen el placer platónico y sin compañía al horror de la reproducción, esa «porquería de los cromosomas».

Ese insatisfecho anhelo de *desnacer*, enmarcado en lo que él llamó su «justificación intelectual de la infelicidad», posee fuertes resonancias del pensamiento de Arthur Schopenhauer, y explica también el deseo en muchas de las criaturas beckettianas de acabar con su vida y dejar así de significar. Pero también podemos relacionarlo con el dibujo que de los personajes suele hacer el escritor en sus obras narrativas y teatrales, una grotesca tipología física y psicológica: seres traumatizados,

deformados o incompletos; marionetas y despojos humanos que nos recuerdan por una parte a los personajes del dramaturgo sueco August Strindberg y, por otra, a los antihéroes del cine mudo, a los funambulistas y payasos del circo, a los comediantes del *mimus* medieval o de la *Commedia dell'arte* italiana, a los bobos de nuestro teatro clásico, a los *clowns* de Shakespeare, a los actores del music-hall, del *vaudeville*, del teatro de variedades o del absurdo, toda una biosfera de supervivientes sin atributos –ecos de Robert Musil– en la que conviven lo cómico y lo trágico, la ternura y la crueldad, la lógica y la sinrazón. Grouchos parlanchines y mudos Harpos; *gags* de Laurel y Hardy o de Harold Lloyd que nos provocan el calambre de la risa a la vez que nos muestran las conflictivas relaciones entre la fuerza y la flaqueza, entre el poder y la sumisión; las cabriolas y la mendicidad itinerante y hambrienta de Charlot; la imperturbable esfinge de Buster Keaton y sus peripecias metafísicas. Todos ellos personificaron, como criaturas tragicómicas que eran, el estoicismo y la perplejidad del hombre contemporáneo en un mundo cada vez más mercantilista que estaba reemplazando al suyo.

Y es que, en las obras de Samuel Beckett aparecen seres mutilados o paralizados a los que les falta un brazo o una pierna, que están ciegos o sordos, que van perdiendo la memoria, no pueden mover la cabeza o están a punto de perderla; entes jibarizados en una voz o murmullo inaudible que, en ocasiones, viven enclaustrados en montículos de tierra calcinada, en espacios vaciados o inhóspitos, cuando no en extraños recipientes: tinajas, botes, zanjas, contenedores de basura... Sin dientes, des-

nudos, tullidos, harapientos de dolorosa comicidad que están restringidos por enfermedades y dolencias; mujeres y homúnculos que permanecen amarrados en sillas de ruedas o balanceándose agónicamente en una (estre) mecedora; seres torturados, pasivos, vagabundos y *vagamundos* desorientados e insatisfechos, divorciados de la realidad, anhelantes de su acabamiento vital, atrapados en sus recuerdos y solo sostenidos por redundancias verbales desesemantizadas; seres resignados a hablar por hablar, a una cháchara que a nada conduce y en nada desemboca. Toda una galería de personajes atrapados en cuerpos que apestan y de los que no pueden separarse y que, ubicados en lugares desamueblados de vida y sin marco espacial o temporal, se contradicen en sus acciones insignificantes y rutinarias.

Personajes que no dejan de ser ellos mismos textos rotos o fragmentados; páginas de carne que nos recuerdan las figuras desolladas de la pintura de Francis Bacon. Seres que apenas son y solo están, que instauran sin saberlo una nueva relación con el tiempo mediante la repetición en su *decir*, tal vez queriendo así destaponar la posibilidad de una diferencia y quebrar el fatigado metrónomo de su existencia.

Seres-textos sin apenas contexto, casi paratextos, devenidos en cuerpos sometidos a la ciencia de una trágica aflicción, que no comprenden lo que oyen, no saben bien lo que dicen, y se sienten solos, abrazados a sí mismos y a su pasado, pues soledad y memoria, como escribió Massimo Cacciari, «traman afinidad indisoluble».

Pero regresemos al cuerpo nacido, recién llegado. Mi ordenador me corrige y escribe «llagado». Tal vez